

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO A LA DISTINCIÓN OTORGADA POR LA ASOCIACIÓN DE EGRESADOS Y GRADUADOS

Amigos:

Por el cargo que me ha tocado desempeñar, en no pocas ocasiones he tenido el grato deber de honrar, en nombre de nuestro claustro, a académicos e invitados ilustres. Sé muy bien, pues, el significado que un homenaje se propone y cómo, sustentado más en razones plausibles que en procedimientos retóricos, se espera de quien lo ha recibido se muestre, en su agradecimiento, digno de él. Comprenderán, entonces, el compromiso que supone esta distinción, especialmente habiendo escuchado los elogios de una persona de tan sustancial elocuencia como el doctor Luis Jaime Cisneros, maestro y amigo entrañable quien, hasta ahora, como desde hace cuarenta y dos años, esto es, desde que ingresé a esta casa, me sigue acompañando y guiando con su palabra oportuna y sabia.

Enfrento así un dilema, pues ¿cómo reconocerme merecedor de los elogios que se han vertido sobre mí?, ¿cómo recibir esta distinción y esta singular muestra de aprecio? Tal vez comprendiéndolo de este modo: que ese gesto proviene de quienes bien me quieren y, forzando los hechos, creen ver en mí a un ex alumno destacado.. Y yendo más lejos, quizás entendiendo que el de hoy quiere ser más bien un símbolo por el cual se brinda reconocimiento al trabajo de un profesor

universitario, de aquel que, de la mano de sus discípulos, aprende junto con ellos y así, ayudando a dar a luz los fundamentos de espíritus libres, no pretende otra ambición que la de ejercer con dignidad y honradez esa hermosa misión que es el magisterio.

Quiero entender así este homenaje, pero debo confesar que al provenir éste de mi Alma Máter, mi satisfacción y mi reconocimiento no pueden más que engrandecerse y multiplicarse. Y ello porque esta casa me ha dado mucho de lo que soy. No me refiero ciertamente a los cargos que me ha tocado desempeñar, que siempre han sido funciones circunstanciales y que responden, en todo caso, a responsabilidades extendidas a las que asume un profesor universitario. Me refiero, más bien, a esa fe y a esa vocación por practicar y defender el ejercicio permanente de la inteligencia, de la creación, de la mirada crítica, de los principios éticos, del diálogo y la tolerancia, que son, en buena cuenta, los atributos esenciales que definen al verdadero espíritu universitario. Es en esa atmósfera en la que me formé y en la que los valores que me inculcaron esas personas inolvidables que fueron mis padres y que por desgracia se fueron demasiado pronto de mi vida, se hicieron más firmes y más enraizados, otorgando sentido y fundamento a mi existencia y presidiendo así mi ser y mi quehacer. Es en esa atmósfera también en la que conocí a mi esposa, compañera fiel a la que guardo un cariño inalterable, así como un hondo sentimiento de gratitud por su apoyo constante y generoso a lo largo de tantos años. Es en esa atmósfera finalmente en la que encontré a mis mejores amigos y en la que se cultivaron cada uno de mis amados hijos. Para mí la Universidad Católica no significa, pues, tan sólo un centro de enseñanza y un lugar

de trabajo; significa mucho más que eso. Ella ha sido y es un hogar en el que he hallado ese horizonte que los filósofos llamamos —en su recta acepción— *entelequia*, esa unidad de sentido por la cual un ser alcanza su plenitud y su meta, que en mi caso no han sido otras que las vivencias que han permitido encaminarme de algún modo hacia la realización personal y colectiva como ser humano.

Desearía concluir estas palabras saludando en la persona de su presidente, señor Alejandro Sakuda, la cumplida labor de la Asociación de Egresados y Graduados, institución que ha tenido a bien honrarme en compañía de otros cuatro ex alumnos, todos connotados profesionales, todos maestros universitarios. Quizá la razón última por la que yo haya sido considerado para este reconocimiento esté en el profundo y sincero amor que he profesado por esta casa desde el primer día en que pisé sus claustros. Ya lo decía Gracián repitiendo el refranero: "Si queréis amor, amad; que amor saca amor y amistad". En efecto, lo que ahora recibo es una manifestación de amor y amistad. Y, como sabiamente aconsejaba Borges, a las personas que nos dan amor sólo podemos retribuirles amor, del cual quizás todas las otras cosas sean sólo símbolos. No me queda, pues, más que recurrir a esa vieja fórmula con la tratamos de compensar aunque sea pálidamente a quienes nos prodigan su afecto y su amistad: gracias, amigos, muchas gracias.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 19 de Octubre del 2001